



De la Mesa del Director: IV Domingo de Cuaresma

Buscar la Luz (Juan 3, 14-21)

Por Oscar Ávila, S.J.

El Evangelio de esta semana nos presenta a un personaje que está en búsqueda sincera de la verdad. Un fariseo importante, que por temor a sus hermanos, va de noche al encuentro con Jesús. Un personaje que aún tiene mucho por andar para encontrarse a plena luz del día con el Dios Vivo.

Nicodemo tiene que dejar atrás las máscaras y los disfraces si de verdad quiere entrar en contacto con Jesús. La invitación de Jesús es a mirar al que traspasan, mirar la cruz; no como un elemento de adorno al que nos hemos acostumbrado, sino como el lugar de encuentro y salvación.

La cruz como lugar de encuentro al que acuden todos los que necesitan ser reconocidos en su dignidad. Allí están los marginados, los que no cuentan en la sociedad. Mirando en la cruz al que traspasaron, todos podemos reconocernos y hacer un camino que ilumine nuestro andar. No es solo mirar la cruz, sino también experimentar la salvación que ella misma ejerce en todos los que la miran, de la misma forma en que la serpiente salva a los israelitas en el desierto.



Jesús en cruz ya no puede hacer los gestos amorosos que tenía ante los pobres, las prostitutas y los niños. Ya no puede tocar a la mujer que sufre de flujos, ni bendecir con sus manos para la multiplicación del pan. Sin embargo, sí nos revela un amor loco por la humanidad que sobrepasa cualquier límite. Un amor salvífico que nos restaura desde lo profundo, llenando de vida nuestra existencia. Quien se detiene ante Cristo

en cruz no queda igual, sino que experimenta ante sí la salvación.

Nicodemo va al encuentro de Jesús lleno de dudas y en tinieblas, y sale de su conversación salvado e iluminado. De manera que nosotros hoy podemos hacer el mismo camino, podemos ir al encuentro de Jesús con nuestras dudas y sombras, con las preguntas que no nos dejan ser seguidores libres... y regresar llenos de vida, dispuestos a asumir nuestros compromisos desde lo que somos. Jesús en cruz nos enseña a mirar nuestra realidad, a reconocer que la muerte no es el fin de la historia y por lo mismo, por esta vida habrá que darlo todo con un nuevo sentido: el Reino y su justicia.

Ñico y la Perla de los Deseos

Por Miguel Bravo, C.J.



En el vibrante mundo submarino, donde los peces de todos los colores y tamaños vivían en armonía, había un pequeño y curioso pececito llamado Ñico. Ñico era conocido por su inusual capacidad para equilibrar todo en su vida, desde su tiempo de juego hasta su búsqueda de comida.

Un día, mientras exploraba los hermosos arrecifes de coral que adornaban el fondo del océano, Ñico escuchó hablar de una misteriosa perla llamada “La Perla de los Deseos”. Se decía que esta perla mágica tenía el poder de conceder un deseo a quien la encontrara. Sin embargo, también se rumoreaba que aquellos que no pudieran controlar sus deseos caerían presa de los peligrosos tiburones que merodeaban la zona.

A pesar de los peligros que se avecinaban, Ñico decidió embarcarse en la búsqueda de la Perla de los Deseos. Sabía que necesitaba templanza para mantenerse enfocado en su objetivo y resistir las tentaciones del océano. En su viaje, se encontró con varios peces amigos que intentaron persuadirlo para unirse a sus juegos y aventuras. Aunque eran divertidos, Ñico sabía que debía mantener su determinación.

Mientras continuaba su búsqueda, Ñico se encontró con una brillante

criatura marina llamada Estela, que irradiaba sabiduría y serenidad. Estela le advirtió sobre la importancia de la templanza y cómo controlar los deseos era esencial para alcanzar sus metas. Estela se convirtió en la mentora de Ñico, enseñándole a meditar y a tomar decisiones con sabiduría.

Ñico pronto comprendió que la templanza no era simplemente resistir las tentaciones, sino encontrar el equilibrio adecuado en cada aspecto de su vida. Era como un baile en el que debía moverse con gracia y moderación. Aprendió a disfrutar de los momentos de juego con sus amigos, pero también a reconocer cuándo era el momento de centrarse en su objetivo.

Finalmente, después de superar desafíos y tentaciones, Ñico llegó al lugar donde se encontraba la Perla de los Deseos. Miró fijamente la perla y vio reflejado en su brillo el deseo más profundo de su corazón: que todos los habitantes del océano vivieran en paz y armonía, sin temor a los tiburones.

Ñico entendió que el verdadero tesoro no era la perla en sí, sino su capacidad de controlar sus deseos y su deseo de bienestar para todos. Con la Perla de los Deseos en su aleta, regresó al arrecife coralino y compartió su historia y sabiduría con los demás peces.

La templanza es un tesoro invaluable en la vida, permitiéndonos resistir las tentaciones y tomar decisiones sabias. Así que, la próxima vez que te enfrentes a desafíos o tentaciones, piensa en Ñico, y cómo la templanza puede guiarte en un baile de equilibrio y sabiduría a lo largo de tu propia vida submarina.

SANTORAL

D 10 Macario, obispo / **L** 11 S. Sofronio de Jerusalén, obispo / **M** 12 S. Inocencio I, papa / **M** 13 S. Rodrigo, mártir / **J** 14 Sta. Matilde, emperatriz / **V** 15 Sta. Luisa de Marillac, fundadora / **S** 16 S. Heriberto, obispo

Un camino en familia

Por Hilda Julia del Campo Abreu

¿Qué podría decir de mi nueva vida familiar? En los tiempos que corrían cuando nací, era tradición bautizar a los recién nacidos en la mayoría de las familias cubanas, pero no fue así en mi caso. Tanto mi mamá como mis abuelos maternos eran cristianos católicos practicantes. En cambio, mi papá fue combatiente en los primeros años de la revolución cubana y, como muchos de estos hombres, no participaba ni admitía la práctica religiosa en su hogar. De todas formas, yo era muy cercana a mi mamá y a mi abuela, quienes siempre dejaron en mí una huella, una pequeña semilla de Cristo.



Cerca de cumplir los cincuenta años, tuve la oportunidad de viajar, con mi esposo y mi hija, a Roma. En ese viaje nuestra pequeña pudo formar parte de una visita guiada al Vaticano. Desconozco si fueron sus experiencias o su necesidad individual de acercarse a Cristo, pero al regreso nos pidió ser cristiana. Mi esposo y yo quedamos pensando en aquella frase: “ser cristiana”. No era una petición cualquiera y nuestra primera preocupación fue la responsabilidad que eso conllevaba. Es cierto que no tenía una educación religiosa, aunque sí tenía claro cuáles eran mis principios espirituales y morales. También sabía que aceptarse, personal y socialmente, como parte de una religión implicaba compromisos internos y externos, en especial cuando nunca formé parte de ningún credo o grupo religioso.

Solo contaba con muchos recuerdos de mi familia materna, de la actitud que mantenían ante las dificultades que imponía la vida, de la forma en que vivían su fe, incluso fotos donde se mostraban recibiendo sacramentos, como la Primera Comunión. Creo que la petición de mi hija de ser cristiana resultó ser un detonante dentro de mí. Fue la puerta que se abría a una nueva vida. Después de conversar con mi esposo, quien nunca practicó la tradición cristiana ni había recibido otro sacramento que el bautismo al nacer, decidimos emprender el camino todos juntos. El primer paso que debíamos dar era buscar la orientación más directa y por esto nos acercamos a la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y San Ignacio de Loyola en Centro Habana.

Pasamos algunos años recibiendo el catecismo: mi hija con los niños, y yo junto a mi esposo con los adultos. Como un gran regalo e iniciando una verdadera nueva vida, fuimos bautizadas mi hija y yo durante las celebraciones de Pascua. En mi caso, recibí la iniciación cristiana en la noche de Vigilia Pascual y mi pequeña al día siguiente, el Domingo de Resurrección. Desde ese momento todo cambió y mi familia creció: además de mi esposo e hija, encontré a muchos hermanos y hermanas que me acompañan en el día a día. Doy gracias a Dios por esta nueva vida.

2 Cr 36,14-16.19-23	“La ira y la misericordia del Señor se manifiestan en la deportación y en la liberación del pueblo”
Sal 137 (136)	“Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti”
Ef 2,4-10	“Estando muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo”
Jn 3,14-21	“Dios mandó su Hijo al mundo para que el mundo se salve por él”
L Is 65,17-21/ Sal 30 (29)/ Jn 4,43-54	“Anda, tu hijo está curado”
M Ez 47,1-9.12/ Sal 46 (45)/ Jn 5,1-3.5-16	“Al momento aquel hombre quedó sano”
M Is 49,8-15/ Sal 145 (144)/ Jn 5,17-30	“Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere”
J Éx 32,7-14/ Sal 106 (105)/ Jn 5, 31-47	“Hay uno que los acusa: Moisés en quien tienen su esperanza”
V Sab 2,1a.12-22/ Sal 34 (33)/ Jn 7,1-2.10.25-30	“Intentaban agarrarlo, pero todavía no había llegado su hora”
S Jr 11,18-20/ Sal 7/ Jn 7, 40-53	“¿Es que de Galilea va a venir el Mesías?”

Domingo 17 de marzo: V de Cuaresma

Jeremías 31,31-34 ; Salmo 130 (129); Hebreos 5,7-9 ; Juan 12,20-33

***Esperamos oír tu voz****Marcos Alemán, S.J.*

Esperamos oír tu voz en medio de tantos silencios,
en medio de tantos gritos.

Esperamos oír tu voz aun cuando nos quieren hacer creer
que está todo dicho o que no tenemos nada para decir.

Queremos oír tu voz en medio del monte,
en medio de la tormenta, mientras esperamos la lluvia, mientras esperamos que
amanezca.

Queremos oír tu voz más allá de nuestras sorderas
para aprender a escucharnos a nosotros mismos
y compartir nuestras sabidurías reconociendo nuestras ignorancias.
Esperamos oír tu voz que ilumina nuestros miedos.

Esperamos oír tu voz que colorea nuestras debilidades.

Queremos oír tu voz con todo lo que tenés para decirnos,
porque queremos también decirlo nosotros, oyentes de la Palabra.

Es tu Reino hecho diálogo.
Es tu Reino hecho encuentro.